

que el dulce Profeta de Jerusalem muerto á manos de los judíos en el Calvario, es un verdadero Dios, tan grande y tan poderoso como el omnipotente Alhá, cuya gloria desborda los límites del tiempo y llena la inmensa eternidad?

—Y todo esto puede salvarse con que Dios te toque en el corazón y te haga creer aquello que necesites para ser mía.

—Imposible. En mi religión ha habido, como en la tuya, mujeres que han profesado la teología; y por imitarlas y hacerme digna de mi rango, he estudiado profundamente todas las cuestiones teológicas. Yo he creído siempre que la mentira desapareció y la verdad vino cuando Mahoma entró en la Meca y arrojó los ídolos para reemplazarlos por el Dios único y vivo. Desciendo de los compañeros del Profeta, de aquellos que oyeron al pie del árbol las palabras sagradas de sus inspirados labios y las guardaron, como en primoroso Mirhab, en su sacratísima memoria. He estudiado á los tabies, y entre los nombres de estos santones quiero yo que esté mi nombre como entre los nombres de los teólogos se encuentra y se cuenta el nombre de Fathima. Nada más fácil que la herejía, nada más difícil que perseguirla y acosarla. Tiene tal fecundidad que por todas partes se reproduce y todos los días renace cual las antiguas plagas de Egipto. A la hora de su muerte, el Profeta mismo vacilaba y pedía tintero y plumas, como si no hubiese escrito ya la verdad completa y absoluta en su divino Koran. Inmediatamente despues de haber espirado gritó su general Omar. «Quien diga que Mahoma es muerto, sentirá mi cimitarra en su garganta, porque ha sido elevado al cielo como Jesus, el hijo de María.» «¿A quién adoras tú? le preguntó entonces Abu-Beker si adoras á Mahoma, sábetelo que Mahoma es muerto; si adoras al Dios de Mahoma, sábetelo que el Dios de Mahoma es vivo eternamente.» Y recitó este versículo de la sura tercera. «Mahoma no es mas que un hombre sencillo encargado de un ministerio celeste; antes que él otros hombres superiores habian sido ya encargados de ministerios idénticos.» Pues si la herejía puede nacer á la muerte misma del Profeta, á los piés de su cadáver todavía caliente, entre sus mejores compañeros, no hay remedio, el gran ministerio, que puede arrogarse un creyente en este mundo, es el ministerio de conservar pura la fé y preservarla de tantas y tan temibles herejías como la manchan y la desfiguran.

—No te empeñes, sultana, en lo imposible; no te empeñes en que reniegue de mi religión para seguir la tuya. Está visto, lo que menos te importaba era el amor de este pobre cautivo, y lo que más te importaba, su conversión á tu fé. No eres una amante que busca á su amado, y que desea vivir y morir en sus brazos; eres una creyente que buscas un alma de católico para el eden de su profeta. Aquí estoy, á tus piés, tendiéndote suplicantes ambas manos, tratando de abrasarte con mis ojos, de envolvete en mi aliento, de consumirte hasta los huesos en un beso de mis labios, más

lleno de fuego que el sol de los desiertos; y tú, en vez de calmar este afán satisfaciendo tu pasión, te empeñas en hablarme de teologías ajenas y aun contrarias al amor, que debiera ser en este momento decisivo y supremo, nuestra única divinidad sobre la tierra. Ven, pues, y amémonos. Cambiemos nuestros besos como hemos cambiado nuestras almas; confundamos nuestra sangre como hemos confundido nuestra vida; amémonos con el ímpetu propio de nuestros corazones; y luego veremos si pueden separarnos los libros diversos de nuestra fé cuando nos hayan unido para siempre el fuego y el ardor de nuestros dos corazones.

—No quiero decirte cuánto te amo, por no verte ufano hasta la soberbia con el espectáculo de esta pasión exaltada. Pero no puedo ocultarte que he descendido á tu cárcel en alas del amor; que en las largas noches tu imagen está de mí tan cerca como yo misma; que he seguido y husmeado tus huellas con el instinto certero de los canes; que la mazmorra, donde yacemos, me ha parecido tan luminosa como el eden celeste regado por las aguas clarísimas y corrientes; que esta oscuridad tiene á mis ojos el claror de la aurora más sonrosada y más bella; que mi corazón te pertenece á tí en cautiverio como tu cuerpo pertenece en cautiverio á mi padre; que al oír tu voz, me ha parecido oír la voz de los arcángeles celestiales, entonando á Alhá uno de sus himnos; que en tu ausencia el sueño huye de mis párpados como del huracán huyen las nubes, y me parece mi lecho erizado de agudísimos puñales, pues no encuentro en él paz ni reposo; que estoy embriagada con tu aliento como si hubiera bebido el maldito vino de tu patria, y temo perder mi cabeza á manera de esas flores consumidas por los rayos del sol en la ardorosa siesta, las cuales inclinan sus mustias corolas sobre el tallo; que mis mejillas unas veces se han encendido como los claveles rojos, y otras se han desmayado como la amarilla retama á los impulsos varios de tus recuerdos; que, si por desgracia, no fueras mio, prefiero á tu olvido y á tu desamor, no ya el dulce beleño del olvido, sino hasta las llamas voraces del infierno.

—Pues si me amas así, ven, ven, ven á mi lado. De lecho mullido te servirán mis brazos, de almohada mi mejilla, de arrullo mis besos; y cuando te vea la luna llena tan feliz y tan amada, palidecerá de celos, y se caerá del zénith al dolor y á la sofocación de su envidia.

—Ya mil veces te lo he dicho, y te lo repito ahora: por tí arrostro las iras de mi padre y arriesgo la pérdida de mi existencia. Pero no puedo darme á tus brazos ni corresponder con mis favores á tu pasión, sino despues de haber sabido de tus labios que estás resuelto á dejar la religión de tu Profeta Cristo, por la religión de nuestro profeta Mahoma. Entonces, la corte de Sobeiya tendrá en África igual fama que tuvo la corte de Ebu-Abed en España, y brillaremos en nuestro solio como brillan la luna y Orion allá en la inmensidad de los cielos.

—Me llamarás porfiado.
—¿Aún te resistes?
—Me dirás tenacísimo.
—¿Piensas oponerme nuevas objeciones y nuevos escrúpulos?
—Te dolerás de mis palabras.
—No las pronuncies, si han de matarme.
—Crearás que no te amo.
—Preparas las excusas antes de las quejas, como si adivinaras la justicia de éstas.

—Sultana.

—Te dejo, nazareno, te dejo entregado á tus pensamientos, despues de haberte pedido que elijas entre mi amor ó la muerte. Mil espías nos cercan. Orejas tan agudas como las orejas del ciervo nos escuchan. Séres invisibles nos celan y nos acechan. La conversacion de amor, siquier sea inocente, con aquellos á quienes nuestra religion llama los infieles, abre hoy las puertas del sepulcro y mañana las puertas del infierno. Yo he despreciado por tí la diadema que mi padre me reserva, el amor que mis compatriotas me profesan, la vida misma que tan perezosa y suave suele deslizarse en estos jardines de Oriente, hasta la ira de Alhá y las maldiciones de su Profeta. Si, á cambio de todo esto, insistes y persistes en tu negativa, sabe que me has asesinado á mí, así como tú has muerto. En cuanto nuestros cadíes, nuestros ulemas, mi padre mismo, se enteren de que he bajado aquí, me condenarán á muerte, y á muerte te condenarán, para que juntos nos precipitemos en los abismos, ya que juntos manchamos la vida y la tierra. Nazareno, ó crees ó mueres. Mejor dicho, ó crees ó morimos. Cada rumor que oigo, me parece el paso de los espías atisbando mis acciones, y viniendo despues de haberlas conocido, acompañados de los guardias á infligirnos el castigo de nuestra culpa y á anunciarnos la venganza de mi padre. Deja, pues, nazareno, deja tu religion.

—¿No comprendes, sultana, que pides lo excusado? Yo he bebido mis ideas religiosas con la leche misma al pecho de mi madre. Y me he criado, creyendo venir del cielo cristiano en mi cuna, y esperando volver al cielo cristiano despues de pasar por las sombras del sepulcro. Cada estacion del año, mejor dicho, cada mes tiene una fiesta en cuyos esplendores mis creencias se han avivado para no extinguirse jamás, como jamás se extingue la luz en el universo. ¡Ay! Yo recuerdo la procesion de Mayo que nuestros sacerdotes acompañaban cantando las letanías de la Virgen y bendiciendo los campos humedecidos por el rocío y llenos de las amapolas que lucian entre los trigos recién dorados y bajo los árboles cubiertos de flores y cargados de canoros y amorosos nidos. Yo recuerdo la Ascension del Señor, en cuyo día las plantas todas, hasta los llorosos sauces, volvian sus hojas hácia el cielo; la Asuncion de la Virgen Santa, en cuyo día veíamos arrobados los

aires abrirse para recibir, calzada de la luna, vestida del sol, envuelta en ecerúleo manto, coronada de estrellas, á la que llevó á Dios en sus entrañas, y sobre cuyas sienas circundadas de místico esplendor volaban los ángeles, sembrando regueros de luz y en cuyos oidos cantaban los serafines diciendo santas palabras de incomunicable amor y de divinas armonías. ¿Cómo olvidar aquella mañana de Pascua, en que tras los días de luto y de dolor, nuestras campanas con su alegre repique anunciaban la Resurreccion de Cristo á los fieles, y daban á todas las cosas nacidas la dulce esperanza de la renovacion universal? Déjame, pues, amada mia; déjame, al mismo tiempo, la vida de este mundo, que es tu amor; y la vida del otro mundo, que es mi fé y mi creencia.

—Nazareno, mucho porfias, y puesto que tan arraigado tienes ese vivísimo deseo de unir tu fé á tu felicidad, piensa que son irreconciliables; y que has de optar, por haber puesto una sultana como yo sus ojos en un cautivo como tú, has de optar entre su amor y la muerte, Alhá te guarde.

—No te vayas, implacable mujer, no te vayas por Dios, sin haberme dejado antes que te estreche contra mi corazon.

Sobeiya se lanzó á los brazos de Lippi, que la abrazó con tal fúego y con tal ímpetu, como si quisiera deshacerla y consumirla en aquellos transportes de amor. En su ceguera no echó de ver el artista que la lastimaba contra un objeto ceñido á su pecho y pendiente de su cuello. Sobeiya no se quejó, por ser su curiosidad superior á su mal, pero desasiéndose de los fuertes brazos, se abalanzó al cuello de su amado, abrióle la túnica, y echó de ver que llevaba allí escondido en un medallon de oro el deslumbrador retrato de Lucrecia. Y á tamaño descubrimiento, rugió la sultana despechada, como pudiera rugir herida una leona.